

LOS GOCES DEL TRABAJO

JMM

La más triste idea posible surge al considerar el rápido curso de nuestra existencia. Sentimos desaparecer irremediamente las horas, los días y los años con plena conciencia de ese movimiento que nos arrastra rápidamente. Cuantos desperdician su tiempo en frívolas ocupaciones y no dejan obras capaces de marcar el camino recorrido, experimentan una singular impresión al dirigir una mirada al pasado y contemplar vacíos tantos y tantos años, porque éstos no dejan otro recuerdo sino el de los esfuerzos fructíferos que los han ocupado. La vida transcurrida se reduce a la nada en la conciencia e irremisiblemente nace la idea de que el pasado sólo encierra una vana ilusión.

Por otra parte, cuando el camino empieza a perder el interés de su novedad; cuando las dificultades de la existencia nos han ilustrado sobre el límite de nuestras fuerzas y aparecen la monotonía del presente y del porvenir, parece acelerarse el movimiento de la vida y, a la idea de que el pasado sólo es un sueño, se añade la más sensible de que el presente lo es también. Para cuantos no saben conquistar hermosas horas de meditación, cercenándolas de las fatalidades de la vida orgánica, de la pereza y de las ligaduras de la vida social y de la profesión, hasta ese ensueño tiene algo de dolorosamente pasivo y son conducidos como prisioneros en un tren rápido y a su pesar.

El hombre juicioso es conducido seguramente con la misma velocidad, pero, como ha reflexionado en la inutilidad de toda resistencia, se entrega y acepta lo que no puede evitar; trata al menos de dar al trayecto la apariencia de un largo camino y lo consigue no permitiendo que el pasado desaparezca enteramente. Para cuantos no dejan rastro de su paso, la idea de que la existencia es una débil ilusión sin realidad se hace intolerable. Y es-



ta idea es inevitable en los ociosos, en los "hombres de mundo", en la generalidad de los hombres políticos, cuya vida está encenagada por las más bajas preocupaciones y por el esfuerzo estéril; en todos aquéllos, en una palabra, cuyo trabajo no deja resultados palpables.

No se puede evitar esta idea destructora de la realidad si no se ha subordinado la existencia entera a algún gran pensamiento realizado poco a poco por los propios esfuerzos. Entonces experimenta un sentimiento contrario, el de la realidad de la vida. Muy vivo ya en el labrador (todos cuyos esfuerzos dejan huella) alcanza su mayor desarrollo en el escritor, penetrado de su papel social. Para él cada día añade algo a los resultados

tangibles de la víspera; su vida acaba por identificarse en parte con su obra y hasta por apropiarse algo de su realidad concreta, y así puede decirse que la vida del trabajador es, al contrario de la del ocioso, profunda y sustancial. La diaria haraganería nos quita el sentimiento de nuestra existencia y lo sustituye por una ilusión vana. Sólo el trabajo alegre, tranquilo y fecundo puede dar a la vida todo su sabor. Sólo el trabajo puede regularizar y hacer habitual ese sentimiento tan complejo y de tan plena satisfacción, que puede llamarse "sentirse vivo", y mediante el cual la alegría de vivir se siente diez veces mayor, desconocida para el perezoso.

Por otra parte, si la vida del trabajador intelectual no fuese naturalmente fecunda en horas deliciosas; si no fuese un manantial vivo de donde brotasen en abundancia las alegrías de la vida activa, todavía le quedaría el ser lo contrario de la vida ociosa. Y por el solo hecho de escapar del bullicio, de las zozobras mezquinas y del aburrimiento triste e intolerable de los ociosos, la existencia resulta la más envidiable posible.

Pascal ha dicho: "*cuando un soldado o un labrador se quejan de su trabajo, déjeseles sin hacer nada*". En efecto, el perezoso es un heautontimorumenos, es decir, un verdugo de sí mismo, y la ociosidad absoluta del espíritu y del cuerpo no tarda en engendrar un pesado y doloroso aburri-

La felicidad proporcionada
por el trabajo no es
ciertamente una felicidad
negativa

miento. Muchas personas ricas, relevadas por la fortuna de la saludable necesidad del trabajo, y careciendo de valor para emprender cualquier tarea duradera, no tardan en experimentar ese pesado y doloroso aburrimiento, zozobrando en el hastío y arrastrando por todas partes su disgusto, o buscando en los placeres sensuales una diversión que no tarda,

popular. En cuanto a la voluntad, casi no hay necesidad de recordar con qué sensible rapidez se atrofia en el hombre ocioso, todo esfuerzo llega a serle doloroso, hasta tal punto que halla motivos para sufrir hasta donde el hombre activo ni siquiera sospecha la posibilidad de un sufrimiento. Siendo el trabajo la forma continua y duradera del esfuerzo, constituye una

fatiga y de un completo abandono de sí mismo; si se tiene cuidado en no abusar de las fuerzas, si se las ha sabido economizar de manera que se conserve un vigor suficiente, aunque disminuido, durante las largas horas no dedicadas al trabajo, se adquirirá el hábito de esta presencia de espíritu, de esta atención al registro de sí mismo y como el secreto de la felici-

Mientras que la felicidad del ocioso depende únicamente de los demás, el hombre, acostumbrado al trabajo, encuentra sus mayores placeres en sí mismo

por la saciedad, en redoblar sus sufrimientos.

Pero la ociosidad absoluta es rara, y, como dice el proverbio, *"cuando el diablo no tiene que hacer, con el rabo mata moscas"*. Cuando el espíritu no tiene ocupaciones elevadas, no tarda en ser invadido por preocupaciones mezquinas. Quien nada hace, tiempo tiene para mascar y remascar sus pequeñas contrariedades, y esta rumiación, lejos de nutrir el espíritu, lo destruye. La fuerza de los sentimientos, no canalizada, no pudiendo verterse, para fertilizarlas, en las elevadas regiones de nuestra naturaleza, se derrama en los bajos fondos de la animalidad y allí se corrompe. Las imperceptibles herejías del amor propio se exacerban, las inevitables contrariedades de la vida envenenan los días y turban el sueño. Bien mirado, nada tiene de envidiable el reposo del gran señor. Hasta los placeres llegan a serle gravosos: pierden todo su sabor, toda su mordacidad, porque, para el hombre, el placer es inseparable de la actividad. La pereza hasta repercute sobre el cuerpo y tiende a agotar la salud por la languidez y lentitud que aporta a las funciones de nutrición y de relación. Los caracteres de la inteligencia en este caso son la vaguedad y la preocupación estéril y fatigosa. El espíritu se carcome, según la enérgica frase

excelente educación de la voluntad y más que ningún otro, el intelectual, pues con la mayor parte de los trabajos manuales puede coexistir una casi completa vagancia del pensamiento.

Por el contrario, el trabajo intelectual supone a la vez la obediencia del cuerpo, en cierto modo atado por la atención y la rigurosa subordinación de los pensamientos y de los sentimientos. Si este poder dictatorial sobre el pensamiento no va seguido de

dad consiste únicamente en la dirección del pensamiento propio y de los propios sentimientos, se habrá encontrado, por el camino indirecto del trabajo, la piedra filosofal de la dicha.

Sensible es, por otra parte, que el vulgo haya asociado a la palabra trabajo la idea de pena, de fatiga, de dolor, cuando en Psicología es de suma evidencia que todo esfuerzo produce placer con tal que el gasto no exceda de lo que puede suministrar el normal y regulador funcionamiento de la nutrición. Montaigne observa, con relación a la virtud, cómo *"la señal más clara del buen juicio es un regocijo constante...; su estado es... siempre sereno...; la virtud no se halla implantada en la cima de un monte escarpado, escabroso e inaccesible; cuantos se han aproximado a ella, la colocan, por el contrario, emplazada en una hermosa planicie, fértil y florida..., adonde puede llegarse, sabiendo el camino, por sendas cubiertas de sombras, tapizadas de césped y regaladas con suaves aromas.... Por no haber conocido esa virtual privilegiada, bella, triunfante, amorosa, deliciosa y animosa, a la vez enemiga profesa e irreconciliable del mal humor y de la pena, del temor y de la violencia..., han fingido esta necia imagen, triste, plañidera, déspota, amenazadora y corrosiva, colocándola sobre una roca aislada y*



cercada de espinos: fantasma propio para asustar a la gente”.

La felicidad proporcionada por el trabajo no es ciertamente una felicidad negativa. No sólo impide que la vida pierda su sabor y se transforme en un sueño sin realidad, y el espíritu sea invadido por contrariedades y trastornos sociales, sino también resulta por sí mismo, y por los efectos de su acumulación, un manantial vivo de felicidad. Nos eleva muy por encima del nivel ordinario y nos da entrada, bajo un pie de perfecta igualdad y grata intimidad, en la sociedad de los más grandes y de los más nobles talentos de todos los tiempos, renovando así constantemente las fuentes de nuestro interés. Mientras que el ocioso tiene necesidad de una sociedad con frecuencia muy baja para pasar el tiempo, el trabajador se basta a sí mismo. La imposibilidad de bastarse a sí mismo pone al ocioso bajo la dependencia de los demás y le obliga a mil servidumbres desconocidas para

el esfuerzo, puede el joven tener conciencia del creciente poder de sus facultades. Estos crecimientos, lentos, pero indefinidamente repetidos, le conducen a un grado muy alto de potencia intelectual, y, como después de la grandeza moral nada brilla con tan vivo resplandor como una inteligencia cultivada, mientras el ocioso se embrutece con la edad, el estudioso ve crecer de año en año su autoridad sobre cuantos le rodean.

¿Y qué sucede al cabo? Sucede que la vejez, alejando poco a poco todos los placeres de los sentidos y dando el más absoluto mentís a las satisfacciones puramente egoístas, multiplica los goces de la vida para cuantos se han enriquecido con una vasta cultura humana. Ninguno de los manantiales de verdadera felicidad puede agotarse con el progreso de los años: ni el interés que se toma por la Ciencia, las Letras, la Naturaleza o la Humanidad, disminuye lo más mínimo. Antes, al contrario.

realidad de nuestra existencia, ocultando la impresión inevitable y dolorosa para el ocioso de que la vida es un sueño sin consistencia. Nos arranca de la miserable servidumbre del pensamiento, que convierte al desocupado en un juguete zarandeado por las circunstancias exteriores, y no deja al entendimiento rumiar preocupaciones de medianías o pensamientos bajos. A estos beneficios indirectos añade otros la vida laboriosa: temple la voluntad, manantial de toda felicidad duradera; nos erige en habitantes de la ciudad de la luz, poblada de lo más selecto de la Humanidad, y, en fin, nos prepara una vejez feliz, rodeada de deferencias y respetos. A cambio de una vida retirada, da con prodigalidad, además de los elevados goces del espíritu y del alma, hasta las más dulces satisfacciones del orgullo (resumidas en la autoridad adquirida y en el sentimiento de la propia superioridad) alcanzando esas satisfacciones buscadas por las medianías sin encontrarlas casi nunca, y cuando logradas, son imperfectas y adulteradas siempre, porque consisten en el lujo de sus atavíos, en su fortuna, en las dignidades, en el poderío político. Por el contrario el hombre estudioso las encuentra sin buscarlas, a título de graciosa recompensa y como un sobreprecio por encima de lo ajustado, en medio de la rica cosecha de goces elevados de que le colman las justas leyes emanadas del fondo de las cosas.

Es claro que las meditaciones precedentes (así las “destructoras” como las destinadas a fortificar el deseo del bien) no pueden ser más que bosquejos, por otra parte muy incompletos, y cada uno debe enriquecerlos según sus experiencias personales, reflexiones y lecturas. El punto esencial en esta clase de meditaciones es no pasar nunca ligeramente sobre ninguna idea ni sobre ningún sentimiento a propósito para aumentar el disgusto de la vida ociosa o para dar impulso a la buena voluntad. Es necesario, como hemos dicho, que cada consideración “destile” lentamente en el alma, la penetre hasta el fondo y engendre vivos movimientos de repulsión o de afecto. ■

El hombre acostumbrado al trabajo encuentra sus mayores placeres en sí mismo

el trabajador; de modo que cuando se dice: *“el trabajo es la libertad”*, no hay en ello metáfora alguna. Epicteto divide las cosas en cosas dependientes de nosotros y en cosas no dependientes observando que de la persecución de estas últimas provienen la mayor parte de nuestros disgustos y sufrimientos. Ahora bien: mientras que la felicidad del ocioso depende únicamente de los demás, el hombre, acostumbrado al trabajo, encuentra sus mayores placeres en sí mismo.

Además, la sucesión de los días se reduce para el ocioso a los progresos de la edad y de una vida estéril, y aumenta lenta, pero seguramente, el tesoro de los conocimientos del estudiante laborioso, y así como cada día puede apreciarse el crecimiento de ciertas plantas, así también, después de cada semana de perseverancia en

Nada más exacto que las palabras de Quinet: *“Al llegar a la vejez, la encuentro incomparablemente menos amarga que la suponíais. Los años que me anunciábais como colmo de la miseria y de la aflicción han sido para mí más dulces que los de la juventud.... Esperaba una cima helada, desierta, reducida, sumida en la bruma y he encontrado, por el contrario, un vasto horizonte nunca descubierto hasta ahora por mi vista. Veía más claro en mí mismo y en los demás...”. Y añadía: “Afirmáis que los sentimientos se embotan viviendo pero tengo el convencimiento de que, si viviera un siglo, nunca me acostumaría a lo que hoy me indigna”.*

Así resulta la vida del trabajador intelectual, la vida feliz por excelencia. No veda ningún placer real y sólo ella nos da el pleno sentimiento de la